



ANN PERRY

Un ladrillo  
envuelto  
en una media

Página 3



CONTRATAPA

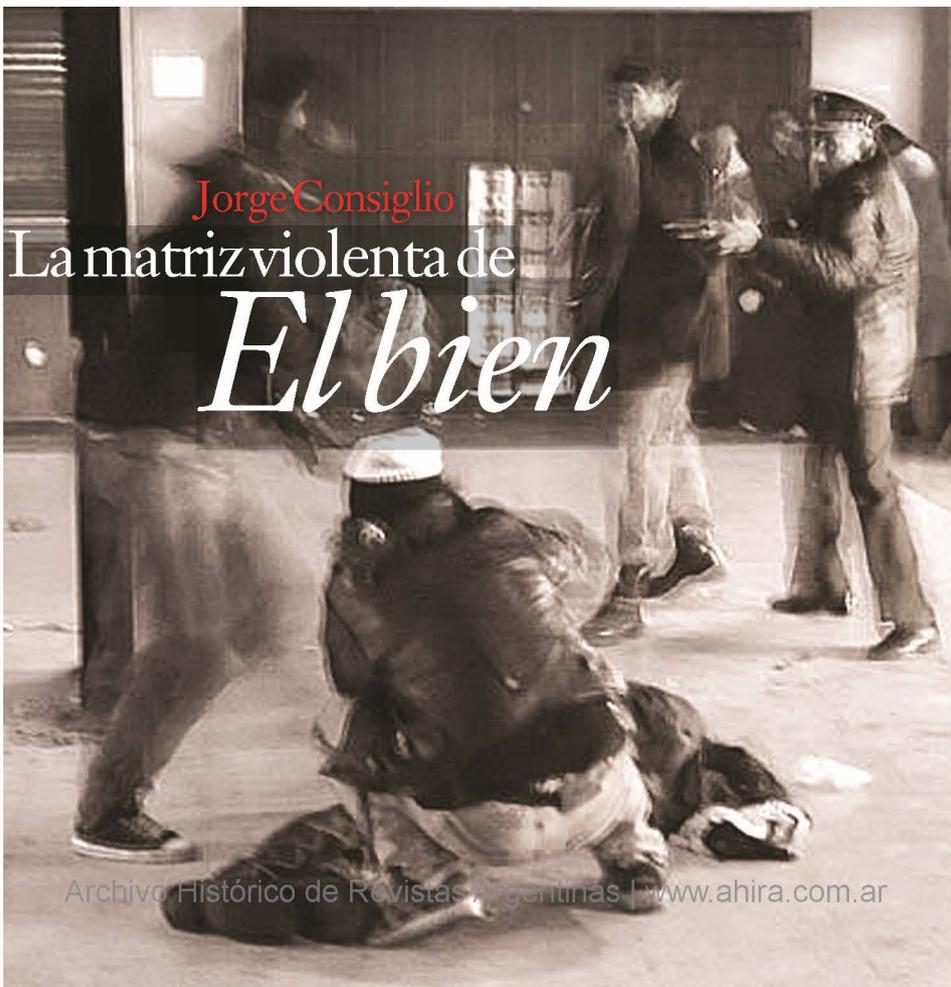
*Púlpito violado,*  
un relato  
de Luis Soto

Página 4



SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 2 | NÚMERO 95 | JUEVES 26 DE SEPTIEMBRE DE 2013



Jorge Consiglio

La matriz violenta de

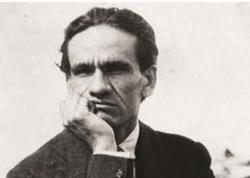
*El bien*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

## REEDITAN LA EXPERIMENTACIÓN POÉTICA MÁS RADICAL DE CÉSAR VALLEJO

Poemas de *Los heraldos negros*, *Trilce* y *Poemas humanos*, del peruano César Vallejo, en los que convergen la experimentación más radical sobre el vanguardismo y el modernismo y un profundo compromiso humano y social, fueron editados juntos por Corredor en el volumen *Poemas selectos*, de la colección "Letras al sur del río Bravo". El libro llega a las librerías con prólogo de Gustavo Lescopada.

Vallejo nació en 1892 en Santiago de Chuco, un pequeño pueblo cordillerano, y murió en París, a los 46 años. En su juventud, trabajó en las oficinas de un ingeniero azucarero y allí tomó contacto con la cruda realidad del trabajo esclavo de los indígenas. En 1919 publica su primer poemario, *Los heraldos negros* que lo proyecta hacia un estilo propio, desestructurado, y con disrupciones lingüísticas.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 26 DE SEPTIEMBRE DE 2013

# Jorge Consiglio

## La matriz violenta de *El bien*



→ PABLO E. CHACÓN

**E**n *El bien*, el escritor Jorge Consiglio logra capturar, en la deriva de cinco personajes sin demasiadas opciones, la atmósfera de un momento histórico singular, sembrado de delaciones, cobardías y cambios de mano, que su mismo título no hace sino burlar las convenciones sobre lo que se suele pensar es el bien o el mal para cada quien.

Publicada por la casa Edhasa, la novela ganó el Premio Ópera Prima Nuevos Narradores 2001 en España, y conoció una primera versión en la editorial Norma. Esta reedición está acompañada por un prólogo de Luis Guzmán, titulado "Fuga sin fin".

Consiglio nació en Buenos Aires en 1962; es licenciado en Letras por la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA). Publicó, entre otros libros, *Gramática de la sombra*, *Pequeñas invenciones*, *El otro lado*, *Indicio de lo otro*, *Las frutas* y *Los días*. La velocidad de la vida y la insensibilidad. Este es el diálogo que sostuvo con *Tiempo*.

**El bien tuvo una primera versión en la vieja editorial Norma, que es la que lee. ¿Agregaste cambios, hiciste modificaciones en esta nueva versión?**

Sí, exactamente, la de Norma fue la primera edición en la Argentina. Existe una edición previa, española, de una editorial chiquita que se llama Ópera Prima. Con *El bien* yo gané un premio en esa editorial. Ellos te publicaban el texto y te pagaban un viaje a España para que fueras a presentar la novela. Fue genial ese premio. Me dio una energía bárbara para seguir escribiendo.

Entra la edición de Norma y Edhasa no hay cambios sustanciales. Sí, inevitablemente, con la nueva lectura surgieron modificaciones menores: una palabra por otra o la supresión de algún adjetivo. Por lo general, lo que hago

cuando releo es eso: suprimir cosas. Me acuerdo de que, cuando terminé de escribir *El bien*, tenía 268 páginas en *Word*, pero cuando entregué el texto para la publicación lo había bajado a 190. Creo que un ejercicio de ese tipo siempre es enriquecedor. La verdadera pregunta es cómo narrarlo que quiero narrar con la menor cantidad de palabras posibles.

**Una violencia asordada, explícita también, atraviesa el texto. ¿Cómo fue la génesis de esa novela, que te empujó a escribirla?**

La idea para empezar a escribir la nació de un sueño. Estábamos con mi familia veraneando en una cabaña en la costa y me desperté a la madrugada con un sueño clavado en la cabeza. Me pareció una idea poderosa y literaria, era —más bien— un clima, una atmósfera. Para no perderla, me levanté y la anoté sumariamente. Recuerdo que me costó muchísimo poner en palabras lo que iba a escribir en un cuento, pero el texto se fue agrandando. Y pasaron los años. *El bien* fue una novela que se generó por acumulación. Escribía y escribía sin tener una idea acabada del final. Una vez que la terminé, el trabajo de reescribir fue formidable y agotador.

Creo que la tensión del relato se cifra, justamente, en la violencia. Hay una violencia menos explícita, soterrada, que determina la relación entre los personajes. Y esto me lleva a pensar que, en un mundo tan violento, la identidad y empezamos a construir existencias que, en algunos casos, son enemigas de las que llevaron hasta ese momento. El paradigma de la conducta es el Wakefield de (Natanic) Hawthorne.



JORGE CONSILIO. "LA IDEA PARA ESCRIBIR *EL BIEN* NACIÓ DE UN SUEÑO".

este tipo de violencia (no premeditada, repentina, que se ejecuta sin medir consecuencias) es una conducta que se asocia con la libertad primera del ser humano. Es el acto menos social que conozco y quizá, el más auténtico. Me llena de intriga y al mismo tiempo, me produce angustia, me horroriza. Necesito saber sobre ella. Por eso la exploro desde la ficción.

**Es cierto, como escribe Luis Guzmán en el prólogo, que los personajes (que en general los personajes de tus libros) escapan de algo, viven escapando. El lugar común indicaría que escapan de sí mismos. ¿Existe alguien que no lo haga, y cómo poner ese estado en palabras?** Creo que la idea de la fuga, en mi ficción, está asociada con un tema también recurrente que es el del cambio de vida. De un día para otro, los personajes alteran su identidad y empezamos a construir existencias que, en algunos casos, son enemigas de las que llevaron hasta ese momento. El paradigma de la conducta es el Wakefield de (Natanic) Hawthorne.

En realidad, lo interesante no es el cambio en sí, sino saber bajo qué formas sobreviven las vidas anteriores, qué hacen esos personajes con los deshechos de una existencia que ya no les importa. Se puede hacer verdaderamente tabula rasa y empezar de nuevo? ¿O la única posibilidad es la refundación? Es un enigma que me intercala desde la ficción. Arriesgo una hipótesis: la intención velada del relato es trazar una especie de atlas de las fluctuaciones identitarias.

**¿Cuánto pesó el momento histórico sobre la escritura cuando le persiste el punto final?**

Muchísimo. En realidad, como antes te dije, el trabajo de reescribir del texto fue fundamental. Y ese proceso yo lo llevé a cabo durante los años 2001 y 2002. No se trata solo del desastre económico que me topé con el primer año de Fernando de la Rúa y de la represión de diciembre, sino de un hecho en particular que me pare-

ce, funciona como símbolo de esa época. Hablo de cuando la policía de la provincia de Buenos Aires, el 26 de junio de 2002, asesinó a Maximiliano Kosteki y a Darío Santillán en la estación Avellaneda. Las imágenes fueron terribles. Todos las vimos por televisión. Inevitablemente, la ficción, con o sin elipsis, se impregna de esos sellos brutales y determinantes. Esas escenas con la policía disparando contra esos muchachos, podríamos decir, son la matriz de la violencia explícita de *El bien*. Y el discurso mentiroso del entonces presidente, Eduardo Duhalde, es el modelo del otro tipo de violencia, de la más soterrada, de la que Bodart y Eamon practican durante el viaje en auto a Allison Bell.

**El efecto de desagregación moral política, ideológico, es notable. ¿desaparición de la actual narrativa o si lo encontrás, dónde, en qué autores o poéticas?**

En principio, me parece que estos elementos (los efectos de la desagregación moral, política ideológica) deben combinarse con otros para lograr un equilibrio en el clima y en la temperatura de los textos en los que aparecen. Es importante tener en claro que la prioridad la tiene la eficacia del artificio, es decir que el relato funciona, sea efectivo. En otro orden de cosas, creo que la mayoría de los autores contemporáneos, hasta donde conozco, incorporan estos ingredientes de alguna manera, consciente o inconscientemente. No creo que un texto deba hacer una declaración política explícita para ser considerado político.

**El bien se suele oponer al mal. Sin embargo, los personajes de *El bien* parecen encontrarlo en la destrucción, la muerte, la delación, y sin ninguna carga ideológica. ¿Esto es así?**

Me parece que los personajes de *El bien* sufren en un universo que les resulta hostil pero también cuentan con sus estrategias alternativas de supervivencia y allí se asienta la idea del bien opuesto al mal. Son arquitectos de una módica felicidad organizada con lo que tienen a mano. A veces, las cosas salen mal y hay que escapar por donde se pueda. Me fascinan las huidas a campo traviesa. Pero otras veces la idea de un proyecto utópico, como en el caso de Ronald, es suficiente para blindar al personaje dándole un justificativo a su destino.

## SE CUMPLEN CUARENTA AÑOS DE LA MUERTE DE PABLO NERUDA

A 40 años de su muerte y considerado por Gabriel García Márquez el más grande poeta del siglo XX en cualquier idioma, el chileno Pablo Neruda fue el autor de una obra que dio la vuelta al mundo. Nacido el 12 de julio en 1904 bajo el nombre de Ricardo Eliecer Neftalí Reyes Basoalto, el poeta eligió su seudónimo con apenas 21 años y su primer encuentro con la literatura lo tiene a través de Gabriela

Mistral. En 1923 publica *Crepusculario*. Al año siguiente, con la aparición del famoso poemario *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, aún influenciado por el modernismo, adquiere una gran visibilidad. Enseguida manifiesta su intención vanguardista sintetizada en tres libros: *El habitante y su esperanza*, *Anillos*, escrito en colaboración con Tomás Lago, y *Tentativa del hombre infinito*.



JUEVES 26 DE SEPTIEMBRE DE 2013 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

# Thomas Pitt, William Monck, Peter Jackson y un ladrillo envuelto en una media



LEONARDO HUEBE

A fines de octubre de 1938, nació en Londres Juliet Marion Hulme. Siendo niña se le diagnosticó tuberculosis y su familia decidió que lo mejor para ella sería enviarla a residir en tierras más cálidas: estuvo primero en el Caribe, luego con parientes en Sudáfrica. Cuando su padre, el físico matemático Henry Hulme, consiguió el cargo de Rector en la University of Canterbury, en la ciudad neocelandesa de Christchurch, Juliet se reunió nuevamente con su familia.

Tenía 13 años, mucha imaginación y una salud frágil.

*"En mis historias se mata por miedo, o por ira. El asesino cuenta a menudo con mi comprensión".*



ANN PERRY (JULIET HULME), LA PROLÍFICA NOVELISTA EN LA ACTUALIDAD Y CON PAULINE PARKER, EN 1954, CUANDO SE DIRIGÍA AL JUICIO POR ASESINATO.

En Christchurch, Juliet conoció a Pauline Parker. Pauline, al igual que Juliet, poseía una salud frágil y una imaginación desbordante. Juntas comenzaron a escribir historias "para Hollywood". El acercamiento de las dos adolescentes y el fuerte vínculo de amistad que las unió, comenzó a preocupar a sus familias, que veían la amenaza de una relación lésbica. Temiendo la vergüenza pública, resolvieron buscar la manera de separarse. La oportunidad llegó con otra vergüenza pública, cuando Henry Hulme descubrió que su esposa tenía un amante: Walter Perry. Henry decidió volver solo a Inglaterra y enviar a Juliet, otra vez, con los familiares sudafrikanos. Las dos amigas tuvieron una idea: pedirles a sus padres viajar a Sudáfrica juntas. Pero la madre de Pauline, Honore Parker, se negó rotundamente.

Una tarde de junio de 1954, Juliet, Pauline y Honore fueron a dar un paseo por el Parque Victoria. En una zona alejada, las dos jóvenes destrozaron la cabeza de Honore golpeándola cuarenta y cinco veces con un ladrillo envuelto en una media. La juventud

La mayoría de las religiones parten del pecado original, de la pérdida de la inocencia del hombre, y todas persiguen recuperar esa inocencia, volver al paraíso. Los mormones, en cambio, creemos que el hombre no perdió la inocencia, que es inocente y pecador inexorablemente.

fue lo que las salvó de la pena capital. Su castigo fue permanecer encerradas el tiempo que Su Majestad considerara necesario para pagar su crimen. Para Su Majestad fueron suficientes sólo cinco años, eso sí, con una condición: que Juliet y Pauline nunca más volvieran a verse o comunicarse.

*"Lo que quisiera es que se me lea por lo que tengo que decir en mis libros, no por algo que hice en el pasado y que fue una tragedia".*

De la angelical Pauline no se supo nada más. De Juliet, que tomó para sí el nombre Ann y el apellido de su padrastro, Perry, algunos de ustedes, seguramente, han leído parte de su obra literaria. Escritora de policiales, heredera de Gilbert Keith Chesterton y de Sir Arthur Conan Doyle, sus ficciones ambientadas en la época victoriana incluyen numerosas piezas del género.

Esta historia de Juliet y Pauline es la que inspiró la película *Criaturas celestiales*, de Peter Jackson.

Anne Perry ha escrito más de cincuenta novelas, pero lo imper-

dible de su producción son las sagas protagonizadas por el inspector Thomas Pitt y su esposa Charlotte y la que tiene como personaje principal al amnésico inspector William Monk y a su esposa Hester.

Con *Los crímenes de Cater Street*, en 1979 inicia la serie de novelas que tienen por protagonista al inspector Thomas Pitt, un prudente policía londinense ocupado, en este primer volumen, de seguir las pistas de un asesino que se dedica a estrangular mujeres jóvenes de la clase media alta. A medida que avanza la investigación, comienzan a percibirse las corrupciones y mentiras ocultas bajo "las buenas maneras" de una sociedad hipócrita.

Con *El rostro de un extraño*, de 1990, inaugura la serie Monk. Tras desparar luego de pasar tres semanas inconsciente en la cama de un hospital, lo despiertan dos a un hombre que mira a su alrededor con perplejidad y asombrado, escucha que algunas personas

que lo rodean le dicen a los médicos que se trata del detective William Monk, aseveración que él no puede negar ni certificar, ya que no recuerda nada. Con el alta física, se reincorpora a la fuerza policial y su primer caso es investigar el asesinato de un héroe de la guerra de Crimea, debiendo acostumbrarse a trabajar tolerando los equívocos y enredos que le provocan el "pequeño detalle" de haber perdido totalmente la memoria.

Hoy, Perry vive en Escocia, escribe desde hace años la religión mormona:

*"La mayoría de las religiones parten del pecado original, de la pérdida de la inocencia del hombre, y todas persiguen recuperar esa inocencia, volver al paraíso. Los mormones, en cambio, creemos que el hombre no perdió la inocencia, que es inocente y pecador incorreparablemente. Lo importante es seguir adelante con la experiencia que cada uno ha tenido, con lo bueno y lo malo. Los mormones aceptamos a las personas tal como son, por muy espantosas que sean los pecados que han cometido".*

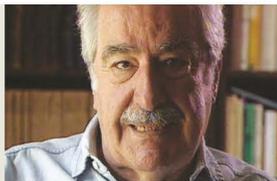


Historico de Revista Argentina de Literatura

## MURIÓ EL ESCRITOR Y POETA COLOMBIANO ÁLVARO MUTIS

El escritor y poeta colombiano Álvaro Mutis, Premio Cervantes 2001 y gran amigo de Gabriel García Márquez, falleció a los 90 años en la ciudad de México—donde vivía desde 1956—tras permanecer internado con motivo de una larga enfermedad. Mutis, considerado uno de los mejores poetas y narradores de su generación y como un excepcional exponente del "realismo mágico",

creó una extensa obra caracterizada por la exuberancia, la torrencialidad, la vegetación sensual y feraz, según los críticos. Además de Premio Cervantes 2001, fue galardonado con el Príncipe de Asturias de las Letras y el Reina Sofía de Poesía (ambos en 1997) y el Premio Médicis a la mejor novela extranjera en Francia (*La nieve del almirante*, 1988) y el Grinzane-Cavour de Italia (1997).



### CONTRATAPA

➔ LUIS SOTO



# Púlpito violado

“S acerca El Final, hermanos”, bramó una voz de profeta desocupado. El padre Bartolomé, que había interrumpido el oficio un rato antes, fijó la vista en el púlpito. Un tipo de tupida barba canosa y vestido con un pijama celeste había copado la sagrada tribuna. La interrupción se debió a que el sacristán venía advirtiéndole cierta inquietud entre los fieles sentados en los bancos del fondo. Rondando la zona descubrió que la desatención se daba en un sector que limitaban los bancos identificados por las chapas que decían “Familia Lahitte” y “General de Brigada Diéguez Moulet”. Algún gaito que anda correteando entre las piernas de la gente, supuso el sacristán. La misma pista guió a los fieles. Hasta que se vio que el cachorro era un niño que se echaba al suelo y dando razón a la fantasía, recorría las filas gataendo. Se detenia y bruscamente incursionaba en otra fila, siempre en cuatro patas. Crecieron reclamos y acusaciones de voces femeninas. “A ver si echan a este mocoso”, que lo metan en un reformatorio”, “son degenerados que toquetean a las señoras”. Hombre de cuello y lomo de bisonte, el sacristán se abalanzó sobre el chico y rondándolo de una oreja lo planó ante el cura. A Bartolomé le bastó una ojeada para percibir la astutada inocencia del niño. “¿Qué vendés? En mi parroquia está prohibido el comercio”. “Yo no vendo, padre. Me mandan”. “¿A qué?”. “A pedir una moneda”. “¿Quién te manda?”, apuró Bartolomé. “Mi abuela”. “Aquí los fieles vienen a dar, no a pedir. A dar su fe, que está muy por encima del dinero. Que tu abuela se acerque a hablar conmigo”, pontificó el cura alizando la voz. Caminando hacia el altar comprobó de reojo que el profeta aún permanecía en el reducido conquistado. Frente al episodio de la caza del gaito, coincidiendo con el cura, también él había optado por interrumpir el sermón. A Bartolomé no le sobra-  
ban alternativas: podía reanudar el oficio como si nada hubiera ocurrido, o encarar al profeta. Antes de decidirse un nuevo bramido se elevó desde el púlpito:

“¡Basta de honrar a Herodes!”. El cura supo que el profeta ya no se iba a detener. “Se acerca El Final, hermanos, decía. Desde un suburbio del cielo—porque allí también hay villas miserias—cien bocas sin dientes van a escupir granizo cortado a cuchillo. Pero no una simple ráfaga, el granizo que no cesa se derramará sobre nuestros desequilibrados cerebros, sobre los autos que todavía lucen el último lifting del chapista, sobre los celulares que en vano pretendimos redimirnos de la soledad. Sólo existe un camino...”, alcanzó a hilar el tramo básico de su discurso. Una señal del cura había puesto en acción al sacristán, que comenzó a subir la escalera caracol blandiendo un crucifijo. “Ahora lo esencial es la defensa”, entendió el profeta. Haciendo una pausa a su discurso se plantó en el pedanao más alto a esperar al efecto de seguridad. Cuando lo tuvo a medio metro empezó a lanzar tremendas patadas voladoras. En arriesgado esfuerzo el sacristán enlazó con su brazo una pierna del invasor, mientras se sostenía con la mano aferrada a la columna de piedra. Como si estuviese aplastando cucarachas el profeta pisoteó los dedos apoyados sobre la columna y el bisonte cayó de bruces. El profeta se abalanzó a las impías que no se ofenden, que se vaya el hereje”, clamó un anciano que pareciera San Sebastián en la escena inmortalizada por mi-

llones de estampitas, una lluvia de saetas hundidas en su pecho lechoso. Respondiendo los desesperados gestos del cura, la organista había elevado el volumen de la voz del instrumento hasta convertirla en trueno. “¿Puedo seguir con mi mensaje, hermanos?”, consultó el mesianico orador. En ese punto se dividió la grey que asistía a la misa. No estaba claro si eran más los que adherían a la conclusión del mensaje, o sus destructores. Gritos y manos en alto antebatían contra la ecuanimidad del escrutinio. Quebrando las rigurosas normas del oficio, el sacristán, ya recuperado de la caída, recurrió a un cántico *orador* primario: “Orador, orador, orador voy solo, a respetar la prédica/ del buen padre Bartolo”. El cura recogía con un pañuelo el sudor que le surcaba el rostro, sin ocultar su satisfacción por la rimada actitud del sacristán. Pero el profeta, que con un corcho quemado había empezado a tiznarse la frente y las mejillas, no daba resuello. “Vayamos como peregrinos a los rincones de Once y Constitución donde chicos de 12 años aspiran pegamento, a los albergues transitorios donde procrea el pecado, a los mugrientos camastros de los desheredados que duermen en la calle”. El profeta se detuvo a preparar un nuevo asalto al púlpito—acaso temiendo perder su preciado empleo—el sacristán rezaba ante la imagen de San Cayetano. “No amenacen más con castigos celestiales. Todo ha sido dicho, es

hora de hacer...”, remató su a rengón el profeta. Cuando bajaba del púlpito una vela roja encendida se estrelló en su nariz. “No puede correr sangre entre los hijos del Señor, y menos aún en su Casa”, gemía San Sebastián arrodillado. “Quiero hablar con él”, dijo el padre Bartolo señalando al profeta y condujo hasta el altar. “¿Qué significa eso de la hora del granizo que no cesa? ¿Cómo se atreve a anunciar El Final desde mi púlpito?”, interrogó el cura. “Le confieso, padre... Fíjese que no dije me-confieso”. “Abrevie, mi hijo”. “Usted me hizo tragar qué sé yo cuántas hostias. Más de mil, calculo. Y me casó. No me reconozco por la barba. A usted lo encuentro igualito. Le cuento. Hace más de un año que predico. Conseguí una pieza en un caserón. En el patio había un gallo y un loro. Se me dio por hablar con ellos. Supongo que todos arrancamos así, ustedes, el mismo Cristo...”. “Todos, no. Yo estudié en el seminario. Hice votos y los cumplí”. “Yo siento que digo palabras que brotan como si me las dieran. Pero no sé quién me las transmite. Se convirtió en una necesidad. No puedo parar. Nunca creí que tuviera dotes de predicador. Me he pasado hablando por las noches. Bueno, no que el loro es más parlanchín. O no. El loro habla como nosotros. El problema está en traducir el idioma del gallo. Es

una lástima que Maeterlinck no se haya interesado en las aves de corral. Lo cierto es que yo tenía mejor diálogo con el gallo. El loro es un ególatra. No repite la cantinela de tantos loros. Improvisa él y le encanta oírse. Yo le decía Alcón. El pobre creía que con “h”. Practiqué mucho con el gallo. Una noche se paró en un cajón de manzanas y dijo: “estás para que te sigan, para tener tus feligreses”. Fue una anunciación. Ese amanecer no cantó. Ahí nomás cubrí con chapas el patio y armé el templo”. “Me dijeron que es un galgón”. “No respondo agresiones. Pasó un año largo y resulta que no puedo juntar más de once fieles. Y eso que los Alcohólicos Anónimos me prestan cuatro. Vienen martes, jueves y domingos. Todas las semanas tengo que comprar una botella de una caña quemada uruguayana. Sin breajejo hay manera de contar con ellos. Últimamente siento algo extraño: me queda chico el templo”. “¿Apenas once y le queda chico?” “A la calidad del discurso me refiero. Déjeme venir a predicar, aunque sea cada tanto...”. “Ni loco. Hablemos en serio: ¿cómo te llamás?”. “¿Johnny?”. “Johnny qué? Scott, Donovan...? Tenés vos y pinta de pastor”, el cura suelta una carcajada. “Entonces hagamos como hoy. Usted entra a la sacristía y yo simultaneo que me mando y cuando se quieren acordar el púlpito fue copado. Con cinco minutos me arreglo”. “¿Sabés las barrabasas que sos capaz de decir en ese tiempo?”. “Déme tres minutos”. “Me gustaría callaralago: ¿vos y el cura sos los piqueteros del mismo comando?” “Por favor... Termine la misa, Bartolo. No se lo va a perdonar esta manga de alcahutes. En el fondo yo soy más profundamente cristiano que todos estos. Líquide rápido”. “Vos querés que me suicide después de haber predicado...” “Dios nos está escuchando”—el profeta desocupado eleva la mirada hacia el cielo, tajea el aire preguntándose con sobrio ademán y murmura—: “Vámos, Bartolo, dígame al cura que deje vivir”.